

RAÚL LÓPEZ ROMO

Historiador. Desde el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda y junto a Luis Castells, Antonio Rivera y José Antonio Pérez, este joven experto defiende la historiografía como fuente para lograr un relato fidedigno del pasado vasco y lo demuestra con el 'Informe Foronda' presentado esta semana

«La sociedad vasca creía que salir contra ETA era de 'fachas'»

LEYRE IGLESIAS BILBAO

Raúl López Romo (Bilbao, 1982) pertenece a la nueva generación de historiadores que investiga el pasado reciente y convulso del País Vasco desde el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, perteneciente a la Universidad del País Vasco. López Romo, coautor entre otros libros de Sangre, votos y manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical. 1958-2011 (Tecnos, 2012), ha presentado esta semana el Informe Foronda, en el que, asesorado por los también historiadores Luis Castells, Antonio Rivera y José Antonio Pérez, desgana los efectos que los 43 años de terrorismo de ETA han tenido sobre la sociedad vasca, analiza el trato que ésta dispensó a sus víctimas y descubre algunos datos desconocidos que revelan la inmensidad de la amenaza y colocan a la ciudadanía y a las instituciones frente al espejo. Un espejo muy duro que, dice, debe mirarse de frente, contarse con términos precisos y no dulcificarse, si Euskadi quiere entenderse a sí misma con «honestidad».

Pregunta.— Tras un año de trabajo sumergido entre papeles, ¿qué es lo que más le ha sorprendido?

Respuesta.— Todos podíamos sospechar que la respuesta social ante ETA en los años 70 y 80 había sido tibia, pero confirmarlo con datos es... Póngale el adjetivo que quiera. En el año 79 sólo una quinta parte de los atentados de ETA tenía respuesta: una pequeña manifestación, a veces incluso con contramanifestación enfrente. En el 84, en contra de lo que pudiera pensarse, las cifras son todavía más duras: sólo un 18%. Y eso contrasta con el hecho de que en esas fechas y en general siempre, absolutamente todos los atentados cometidos por el terrorismo de extrema derecha o parapolicial suscitaron respuestas masivas, y cuando los asesinados eran miembros de ETA, había muestras de apología del terrorismo. La interpretación es obvia: la sociedad vasca estaba mucho más dispuesta a criticar públicamente un tipo de crímenes que otros; no toda la sociedad,

pero una parte relevante se movilizó para comprender y justificar a unos y no a otros. Intentamos poner sobre la mesa que todas las víctimas de todos los terrorismos merecen un reconocimiento.

P.— ¿Y cómo han actuado las instituciones?

R.— Su papel en la movilización de la sociedad es una cosa relativamente reciente, sobre todo desde que ETA empieza a matar a políticos dentro de su estrategia de «socializar el sufrimiento». En los años de plomo cuando había una movilización era porque mataban a un taxista y sus compañeros hacían un paro. Era una respuesta limitada muchas veces a los compañeros de gremio. Las instituciones podían aparecer en los funerales, no siempre; pero poco más.

P.— Aclaran cuál fue el primer partido que se manifestó contra ETA.

R.— A destacados miembros del PNV les gusta pensar que la primera manifestación contra ETA la convocaron ellos, pero no es cierto. Primero, porque no fue una manifestación contra ETA: decía «Por una Euskadi libre y en paz». Además, la primera postura activa de movilización contra el terrorismo de forma continuada [en 1978] la tuvo el Partido Comunista, un pequeño partido que tuvo una actitud que consideramos loable y que le supuso también un desgaste personal y posiblemente político en un momento en el que todavía mucha gente pensaba que salir a la calle para manifestarse contra ETA era cosa de *fachas*.

P.— ¿Y la primera institución que convoca una concentración?

R.— Hasta donde nosotros conocemos, la primera vez que las instituciones llaman a movilizarse y en la pancarta pone explícitamente que es contra ETA («Con el pueblo, contra ETA») es el Gobierno vasco en el 83 cuando matan a Alberto Martín Barrios, capitán de farmacia. Es una fecha bastante avanzada; ya habían muerto muchas víctimas. Un año antes, el Gobierno vasco había convocado otra manifestación tras el asesinato de Ángel Pascual, ingeniero jefe de la central nuclear de



ARABA PRESS

de Lemóniz, con el lema: «Democracia e instituciones, siempre. Dictadura y terrorismo, nunca». No se aludía expresamente a ETA y además los partidos y sindicatos desfilaron separados. Hasta el Pacto de Ajuria Enea no hubo unidad.

P.— ¿Cómo evoluciona la sociedad ante ETA a partir de ese silencio?

R.— El primer gran hito de la sociedad vasca contra ETA es Gesto por la Paz, que tiene un papel aún más importante de lo que pensábamos. A partir de su formación el 100% de los atentados de todos los

terrorismos reciben una respuesta social. Ahora bien, son concentraciones pequeñas y dispersas en distintos puntos de Euskadi y Navarra, primero pocos, luego acaban siendo más de un centenar, y en muchos casos tienen que enfren-

SIGUE EN PÁGINA 5

